

Andanzas de un geógrafo latinoamericanista ¹

David J. Robinson

Profesor Emérito Dellplain de Geografía de América Latina, *Syracuse University*

E-mail: drobins@syr.edu

Recibido: 21/10/2021; Aceptado: 10/10/2021; Publicado: 30/12/2021

Desde mi adolescencia siempre quise ser detective o, con suerte, miembro del servicio de inteligencia (MI6) de Gran Bretaña. Claro, soy de la generación del 007!

Pero, un mes después de terminar mi bachillerato en geografía en *University College London* (UCL) en 1962, me ofrecieron uno de dos puestos en el mismo departamento –uno como profesor asistente en geografía cultural/histórica de Europa del Este y otro en América Latina. Después de contar el número de idiomas en Europa Oriental –como 8, y en América Latina, dos--decidí abandonar mis pretensiones de solucionar los casos criminales y ser especialista en la geografía Latinoamericana! Qué suerte para un joven de solamente 21 años.

La práctica en el departamento de geografía, fue enviar a cada nuevo profesor a su región lo más pronto posible para familiarizarse, hacer contactos y empezar su investigación del doctorado. Entonces, durante el otoño tuve que dictar dos cursos y empecé a aprender español, antes de la navidad de 1962.

Durante el otoño tuve largas conversaciones con los expertos en América Latina en UCL, el historiador y secretario de la Sociedad Real de Historia de Inglaterra, Robin Humphreys y el joven historiador del periodo colonial John Lynch. Humphreys tenía muchos contactos y amigos por todo el continente y me entregó cartas de presentación para muchos de ellos.

Entonces, el 15 de enero de 1963 viajé en un nuevo Boeing 707 de la línea BOAC. Primero a Dakar en África, para cargar nafta y luego a Recife Brasil, mi primer punto de encuentro con académicos e intelectuales identificados por Humphreys. Nadie menos que Gilberto Freyre-- muy amable y con quien pude discutir asuntos de la historia y la cultura de Pernambuco. También pasé dos semanas con un canadiense graduado de nuestro departamento--John Galloway--quién estaba haciendo su doctorado sobre la geografía histórica de Recife y, conocí un grupo de lindas brasileras y francesas estudiando en los archivos con él. Con cachaça, las playas....no recuerdo mucho más de la geografía cultural de Recife, Río de Janeiro, São Paulo, Montevideo, luego Buenos Aires y mi encuentro con el principal geógrafo don Federico Daus. Pero primero, una visita para hablar con Jorge Luis Borges en la Biblioteca Nacional. Hablamos

¹ Presentación del autor en ocasión del acto de reconocimiento como Profesor Honorario del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 22 de junio, 2011.

de asuntos porteños y Borges me dijo “Sr. Robinson, como Ud. es inglés, quisiera que me hiciera un gran favor, me tomó del brazo y, ciego en esa etapa de su vida, me dirigió hasta los estantes de la biblioteca. Caminamos como una eternidad pero, finalmente, me dijo, “Ya llegamos.”. “¿Quizá me puede hacer el favor de bajar el libro del tercer nivel arriba marcado con un papelito blanco?” “Bajé el libro y él lo abrió en la página marcada. “Por favor Sr. Robinson, quiero escuchar la voz de un inglés leyendo su propio idioma.” Miré, el texto era la introducción de *El Cuento del Caballero* de Chaucer—escrito en “inglés medio” como se llama. “Bueno Sr. Borges, tiene que disculparme pero mi inglés es de este siglo y no del siglo catorce, aunque hemos leído este cuento en mi escuela cuando tenía 14 años.” Y durante casi diez minutos traté de expresar las vocales complejas del lenguaje de Chaucer. Borges se sentó en una banca escuchando mis tentativas débiles. “Muy bien” me dijo, “Basta por hoy, pero tiene que regresar antes de salir de Buenos Aires.” Regresé con el famoso a su oficina y me despedí, agradeciendo su amabilidad. Al día siguiente llegó a mi hotel una carta de Borges para Robin Humphreys a quien había conocido en Londres.

Seguí mi ruta transcontinental hasta Santiago de Chile, pasando por los Andes en Uspallata. En Chile, luego de contactar los geógrafos en Santiago—incluyendo a Cunill Grau en la Universidad de Chile-- fui al Norte Chico para encontrarme con mi amigo Ron Cooke que estaba mapeando las complejas terrazas del río Elqui, cerca del pueblo La Serena. Pasamos dos semanas en el campo mapeando y durmiendo en una hacienda abandonada del siglo XIX que tenía de todo—hasta una enorme mesa de billar. Cada fin de semana invitamos a un joven francés y su esposa a comer en “nuestra hacienda.” Roland Paskoff también estaba mapeando las terrazas que él identificó como marítimas. Me acuerdo de los tantos argumentos entre Cooke y Paskoff. Lo único bueno fue que había muchos vinos deliciosos en la localidad y siempre terminamos con un brindis a la superioridad de la geografía británica sobre la francesa y, luego, las luchas continuaban con billares!

Después, al norte a Lima y al Perú profundo —Moquegua, Arequipa, Puno, Cusco, Huánuco, Ancash, Cajamarca—y pensaba este era un país tan maravilloso que iba a regresar pronto. Pero tuve que pasar por Quito y luego un mes en México. En Lima me encontré con un joven historiador, Franklin Pease, terminando su bachillerato y varios antropólogos. Los pocos geógrafos estaban todos en San Marcos y ninguno tenía interés en geografía histórica, ni en el visitante.

Finalmente, llegué a Caracas en agosto de 1963 para iniciar mis investigaciones para el doctorado durante 10 meses. Después de muchas conversaciones con John Lynch y Robin Humphreys, ellos pensaban que sería muy bueno estudiar la geografía histórica de la Guayana —la zona al sur del río Orinoco. Claro, una cosa es recomendar una región desde el confort de un seminario en Londres y, otra, vivirla con temperaturas por encima de 37 grados, humedad sofocante, archivos regionales y locales totalmente desorganizados, documentos comidos por gusanos y polillas, y “otros problemas” que identificaré más adelante. Pero los jóvenes tienen que aceptar desafíos. Mi contacto en Caracas era el distinguido historiador Guillermo Morón, en aquella época secretario de la Academia Nacional de Historia y director de relaciones públicas de la compañía

petrolera Shell. Para mí, don Guillermo fue la llave que abrió todas las puertas venezolanas, incluyendo las de los aviones y helicópteros de la Shell. Hice visitas a todas regiones del país. Morón me organizó hospedaje con la familia Trujillo, en Las Mercedes, Caracas. La dueña de la casa, doña María, trabajaba en el observatorio de Caracas y estaba bien relacionada con científicos de toda naturaleza. Los chicos de la casa eran estudiantes de derecho, economía y filosofía en la Universidad Central y les gustaba mantener al día al nuevo huésped en los asuntos políticos, además de tratar (sin mucho éxito) de instruirlo de como tocar el cuatro o quinto y bailar merengue y joropo. Tuve mucha suerte en encontrarme con una casa llena de cultura. Manuel hablaba muy bien alemán y Carlos francés, entonces las discusiones en la cena pasaban de un idioma a otro sin barreras (mis idiomas eran francés y alemán). Afortunadamente para mí, un hermano de doña María vivía en Ciudad Bolívar, trabajando en el ministerio de agricultura y visitaba Caracas cada mes. Nos hicimos muy buenos amigos y me ofreció un jeep con chofer guayanés para cuando fuera a trabajar en el campo en la Guayana.

En Caracas empecé a trabajar en el archivo general de la nación, el arquidiocesano, el registro público y la biblioteca nacional. Después de un mes, el profesor Humphreys me dijo que valía la pena entrar al archivo de la Cancillería, entonces presenté una carta y me permitieron trabajar con sus documentos publicados—la mayoría eran los tomos de la disputa internacional a finales del siglo XIX sobre la frontera sureste con la Guayana Británica.

En aquella época, los documentos del Archivo Nacional no estaban catalogados a partir de 1845; solamente los guardaban en bultos/legajos de unos 500 folios. Mi intención fue investigar los cambios de la población, los cambios en el paisaje cultural, el desarrollo comercial, la evolución de los puertos del río desde la llegada de los españoles, a finales del siglo XVI, hasta aproximadamente 1900, fecha de la caída de la minería de oro en la sub-región de Caratal.

Después de un mes de trabajo en el archivo ya era gran amigo de los trabajadores. El archivo funcionó, teóricamente, en esta forma: por cada legajo solicitado, el investigador debía completar una ficha con su nombre, fecha y número de legajo. Bueno, como pedía rápidamente tres o cuatro legajos por hora, para ver si tenían algo sobre la Guayana (estaban totalmente mezclados por fecha y localidad), las señoritas del mostrador, conjuntamente con el pobre que subía los legajos del sótano, a mano, mediante un mecanismo de poleas, hablaron conmigo. “Sr. David, sería mucho más fácil si Ud. baja, selecciona los legajos, los trae acá y luego los devuelve a su lugar. De esta forma Ud. puede acelerar su revisión. Pero no se olvide de rellenar las fichas, por favor.” De acuerdo, más eficiente para todos. Significaba que ahora podía revisar hasta seis por hora—unos 24 por día. Pero cuando llegó el momento de salir del archivo y de rellenar todas las fichas, pensaba en el valor de los datos que escribía—simplemente voy a inventar números de legajos—CXXIV, XCCVIII, etc. Claro, los datos de los legajos en mis fichas eran correctos, no los otros.

Después de seis meses en los archivos caraqueños me fui a la Guayana y, con la ayuda del tío de la casa Trujillo, conseguí un jeep del ministerio de agricultura y un chofer, Pablo, que conocía el territorio como la palma de su mano; investigamos todito: los puertos del Orinoco, visitando los sitios de las ruinas de las misiones franciscanas catalanes de los siglos XVII y XVIII, casi todas

dentro de la maleza de árboles dentro las sabanas de Guasipati, Tumeremo. Visitamos los vestigios de la minería de oro en Viejo Caratal y El Callao y toda la zona del río Yuruari. Al oeste de Ciudad Bolívar descubrimos los restos de una forja de hierro catalán, también del siglo XVIII con clavos y pedacitos de metal, aún sin excavar, pero tengo pedacitos en mi casa todavía.

Mis investigaciones en los archivos de Ciudad Bolívar fueron muy difíciles dadas las condiciones de los documentos y, también, por las condiciones de trabajo. La catalogación de los pocos documentos de la alcaldía fue mal hecha, con interpretaciones incorrectas del contenido de los pocos legajos encuadernados. El archivo regional, tenía simplemente montones de documentos sueltos en pésimas condiciones, muchos sufriendo las inundaciones frecuentes del Orinoco. Para quitar el calor del sol directo, cerraron las contraventanas, subiendo la temperatura a 40 grados, sin abanicos y sin luz eléctrica. Tuve que retirarme de la mesa para que las gotitas de sudor cayeran sobre el piso y no encima de los documentos. Pero, de vez en cuando, como en el caso de la forja, había un descubrimiento. Un día el tío me comentó que en una fiesta que él había escuchado a una señora Liccioni hablando de documentos de su abuelo. Con la mención del nombre Liccioni mis pocos pelos comenzaron a pararse. Liccioni fue un comerciante corso que empezó como hatero (estanciero) en los llanos, que luego pasó a Ciudad Bolívar y dominaría en los años 1870 y 80 la minería de oro de El Callao. Fui a hablar con la señora y me entregó un diario personal de unas 45 páginas de su abuelo y otros documentos históricos sobre los eventos y la vida cotidiana de las minas—todavía no publicado.

Pasé mi último mes en los archivos otra vez de Caracas. Una tarde recibí una llamada de la embajada británica: el embajador quería invitarme a una cena—muy bien, que suerte! Pero la otra parte del mensaje era bien curioso-- “Sería mejor si tomara un taxi y bajara en la esquina X con Y...” Bueno, un poco raro sabiendo que la esquina quedaba a tres cuadras de la entrada principal de la residencia. Me fui a las 8 de la noche en la fecha acordada y cuando bajé del taxi apareció un hombre que, obviamente, estaba esperándome. “¿Señor Robinson?” “Sí señor” “Por favor sígame,” y caminamos varias cuadras, entrando por una puerta trasera de la residencia.

Pasamos como una hora y media comiendo y discutiendo asuntos políticos, la economía, problemas sociales, etc., y noté dos hombres en la mesa que no participaron en las discusiones. Terminando la comida el embajador me invitó a un café y/o brandy. Nos paramos y el embajador me dijo “David, hay dos personas del *Foreign Office* (nuestra Cancillería) que quieren hablar con Usted—mejor en otro salón,” y un sirviente me llevó por el corredor al salón a donde estaban los dos señores silenciosos.” Me explicaron que eran oficiales trabajando para la Cancillería con relación al reclamo de Venezuela por gran parte del territorio de la Guyana Británica—el caso se estaba calentando rápidamente—y querían saber si yo había encontrado algo “interesante” en los archivos de Venezuela. Explique mis varios descubrimientos en los archivos, pero nada realmente fundamental con relación a la disputa territorial, fue obvio, según los comentarios de las fuentes de la época, que nadie sabía dónde estaba la frontera. Después de 45 minutos me despedí y fui acompañado por el mismo oficial a través de la puerta trasera a la esquina donde un taxi me esperaba.

El día anterior a mi gran despedida, llegó a la casa el tío de Ciudad Bolívar y me dijo “David, podemos hablar en el patio atrás.” Fuimos y me dijo “Sabes, David, vas a tener problemas...” “¿Qué quieres decir?” le pregunté. “No puedo decir más, pero lo vas a saber pronto.” Bueno, sin saber nada más, celebramos la fiesta y con promesas de regresar el verano próximo fui a Maiquetía y tomé el vuelo a Londres.

En Londres tomé el tren para el norte, cerca Manchester, a la casa de mis parientes políticos donde estaba mi esposa y mi nueva hija. Otra fiesta de bienvenida. El día siguiente hubo una llamada de Londres. ¡Era Profesor Darby!

“Si profesor llegué ayer de Londres”.

Darby: “David, recibí una llamada esta mañana a las 6 de la mañana de Reuters internacional preguntando ¿si yo sabía que Robinson había sido expulsado de Venezuela ayer como espía británico? ¿Puedes explicarme que está pasando?”

Instantáneamente entendí el aviso de los “problemas” del tío en Caracas.

“Profesor, no he escuchado nada del asunto y obviamente es falso, respondí, “podemos hablar del problema cuando regrese al departamento dentro tres semanas.”

“Está bien, tenemos que hablar” dijo Darby.

En la noche del mismo día llamé a Guillermo Morón preguntando sobre el asunto y él me explicó que los periódicos en Caracas, Colombia y Ecuador habían publicado noticias de mi expulsión por espionaje en relación con el conflicto Venezuela-Gran Bretaña. Más interesante aún me contó que, según sus investigaciones, cada noche, ya cerrado el archivo nacional, dos personas de la Cancillería entraron para chequear todas mis fichas y revisar los documentos identificados en ellas. Con una sonrisa le dije que, sin duda, no habrán podido identificar nada a través de mis fichas... pobrecitos! Morón publicó un mes después un comentario sobre mis investigaciones en el *Boletín de la Academia de Historia*. Pero la consecuencia fue que no pude entrar a Venezuela por diez años.

Confrontando esta situación decidí cambiar mi región geográfica y enfocar mis investigaciones en Argentina. Entre 1965 y 1972 pasé más de 20 meses en visitas de veranos, principalmente en la región noroeste, entre Mendoza y Jujuy, trabajando en los archivos regionales y locales preparando un libro cuyo título, había pensado, sería algo como “Un relato de diez ciudades coloniales”. Estaba un día trabajando en mi oficina en Londres y apareció nada menos que Federico Daus, mi principal contacto en Buenos Aires. Federico me explicó que el gobierno de Chile había pedido a la Reina Isabel II la apertura de un proceso de arbitraje sobre la frontera andina con Argentina, específicamente en la zona del “Río Encuentro”—o en los términos chilenos “La zona de Palena”, y la cancillería argentina necesitaba un geógrafo británico para acompañar al Profesor Daus en la preparación de todos los asuntos geográficos y cartográficos relativos al nuevo arbitraje. Allí empezó mi segundo contacto con el mundo gris de las relaciones internacionales y agencias gubernamentales; pero ahora contaba con un carnet diplomático y trabajaba oficialmente para el gobierno gaucho. Durante los dos años 1965 y 66 viviría en dos mundos—en el día como profesor de geografía en UCL—y, entre las 10:0 pm hasta las 4:0 am, como asesor técnico en las oficinas de la compañía de abogados londinenses

contratados por el gobierno argentino. Cada tres o seis meses, había viajes a Buenos Aires y/o a la zona en disputa en Patagonia. Incidencias de la micro-geografía: pregunté a mis muchos amigos de la cancillería porteña ¿Cómo es que siempre hay una persona frente a una puerta identificada como “M” en el corredor fuera de nuestras oficinas? “Bueno David, es para asegurarnos que tu no entres allí, por error!” ¡¡Recordé que los británicos tenían un asunto un poco complicado sobre las “Islas Malvinas”!! Claro, hay límites en la amistad y la ayuda técnica! En la frontera, a caballo (Figura 1) fuimos a ver los ríos y mapeamos la topografía de varias localidades. Nuestro patrullaje siempre estuvo seguido por otro de los carabineros chilenos al otro lado del río, monitoreándonos con binoculares. Una noche, compartiendo con nuestro equipo de campo en un hotel en Esquel, se acercaron dos tipos preguntando por el Sr. Robinson “¿Aquí estoy señores, en que les puedo servir—tomamos una cerveza en el bar?” Y ahora las preguntas delicadas: “¿Es cierto señor Robinson que Ud. trabajó como espía en Venezuela hace varios años?” “¿Cómo? ¿Quién dice?” “Bueno, aquí tenemos los recortes de Reuters publicados en Bogotá y Quito que dicen que Ud. fue expulsado...” “No amigos, todo es falso, parte de la política venezolana.” Y me costó varias cervezas el no dar nada de información sobre el caso en la mano, simplemente felicitándoles por su excelente preparación para mi entrevista.

Figura 1. En Carrenleufu, 1965



Otra vez en Londres, decidimos buscar los originales de las placas con las cuales se imprimieron los mapas del laudo de 1902 con tantos ríos y picos de la sierra andina mal ubicados. Investigando el caso, descubrí que los mapas fueron preparados en el taller de una famosa compañía escocesa, en las afueras de Edinburgo. En aquella época, los mapas fueron grabados en planchas de piedra silicosa. Tomé el tren nocturno y pasé dos días revisando planchas de

pedra en el “cementerio” de la compañía—sin éxito. Obviamente, después de imprimir los mapas, la compañía había borrado la superficie de las placas para iniciar otro mapa. Dos noches después, cuando nos reunimos en las oficinas de los abogados para escuchar mi informe, un amigo de la seguridad de la embajada argentina en Londres me dijo “Sabes David, atrás de ti, en el tren subiendo a Edinburgo, estaban tres agentes chilenos... y seguramente ya mismo están en el cementerio cartográfico!” Así es la vida cuando “chequear fuentes” involucra la seguridad del estado.

Terminó el Laudo de 1966, Argentina ganando 85 por ciento del terreno y los chilenos 100 por ciento de la zona poblada; una solución aceptable para ambos lados. Pero lo que nadie sabe es que en nuestras investigaciones identificamos, por lo menos, otros ocho errores cartográficos en el Laudo de 1902. Pero ellos son parte de otra historia, para otro tiempo y equipos.

Los años setenta trajeron grandes cambios en mi carrera.

Luego de esta experiencia en la diplomacia, seguí con la culminación de mi disertación en 1967 y dedicándome a preparar una geografía histórica de los diez centros urbanos del noroeste de Argentina—de Mendoza hasta Jujuy. En total, nueve meses de trabajo en los archivos regionales y locales, también en el Archivo Nacional de Buenos Aires y el Archivo de Indias de Sevilla. Ya tenía, pensaba, dos libros casi listos para publicar—uno titulado “*El Dorado: una geografía de la Guayana Venezolana, 1580-1880*”, basado en mi tesis, y otro “*Diez Ciudades: Urbanismo colonial en el Río de la Plata*”.

Pero algo ocurrió.

En febrero, 1972, tuvimos un banquete en UCL, para celebrar un aniversario y nuestro huésped principal fue Andrew Clark de Wisconsin de los EE.UU. Hablamos mucho en aquella ocasión y no pensé nada más del asunto, hasta 3 meses después cuando recibí una llamada de Donald Meinig del departamento de geografía de la Universidad de Syracuse, Nueva York. Me preguntó si tenía interés en ser profesor en Syracuse, porque estaban buscando alguien para una nueva cátedra y Andrew Clark había hablado bien de nuestras discusiones. Le dije “bueno, siempre estoy interesado en cosas nuevas”, y me informó que en pocos días recibiría una carta de invitación e indicaciones de vuelos, etc. Dos días después llegaron estos documentos. Sin decirlo en Londres, me fui a Syracuse. Meinig me recibió en el aeropuerto con una cronología de “eventos” durante dos días... presentación de lectura para una clase de 150 estudiantes de pregrado; participación en el coloquio de investigación, entrevistas con el comité de selección del departamento, discusiones con la facultad de la Escuela Maxwell (de Ciencias Sociales); y reuniones con dos decanos. Y yo no había llevado ni una nota de lectura... nada! Bueno, de memoria tantos discursos y discusiones muy abiertas con los administradores y miembros de la facultad. Meinig explicó que la cátedra estaría financiada a través de una donación de varios millones de un alumno, el Sr. Morse Dellplain quién había hecho una fortuna a fines del siglo XIX e inicios de XX vendiendo bombillas y otros productos eléctricos en América Central. Los graduados de geografía me encantaron—muy directos en sus preguntas académicas y personales y muy amistosos en las reuniones nocturnas. Fue la primera vez que olí un humo muy dulce en sus apartamentos...

Después de unas lindas vueltas por Syracuse y su región, regresé a Londres y dos semanas después recibí una carta de Don Meinig ofreciéndome el puesto. Ahora, otra decisión importante. Decidí consultar a mi tutor y gran amigo Clifford Darby (desde el 2000 Sir Clifford Darby), jefe del departamento. Le expliqué todo lo que había pasado y pedí su opinión. Me dijo que hace un año, había realizado discretamente una visita a Harvard, porque ellos querían establecer una cátedra en geografía histórica en el departamento de historia, y querían que él la ocupase. Pero me dijo “Sabes David, decidí que soy demasiado viejo para iniciar otra vida en Harvard, dentro de poco regresaré a Cambridge y te voy a ofrecer un puesto allí, si quieres acompañarme. Pero tú, con solo 32 años debes pensar en tu larga vida futura. Hay muchas cosas para hacer al otro lado del Atlántico”. Pensé el asunto por unos días y decidí aceptar el cargo de profesor en Syracuse.

Estas son las buenas noticias...ahora las otras

Preparándome para el viaje, el primer desastre: había mecanografiado, con tres copias al carbón, el texto del libro sobre la Guayana y, para llevarlo de mi oficina a mi automóvil, como a las 11 de la noche, tuve que cruzar un patio del UCL. Era una noche muy mala, con lluvia y vientos fuertes. Llegué al carro con el manuscrito en una caja de cartón en una mano y el paraguas en la otra, traté de abrir la puerta, balanceando el paquete entre mi mano y mi cuello. En ese momento, un violento viento dobló el paraguas y la fuerza tumbó la caja. En la caída, las páginas de mi texto hicieron como un vórtice hacia arriba y cayeron manchadas con la lluvia y pegadas entre ellas! No podía hacer nada más que recuperar las que estaban cerca y las llevé a la casa—todas destruidas. Esto fue el mundo antes de las computadoras personales con múltiples copias... Adiós libro uno ;

Nos fuimos a Syracuse a fines de julio de 1973, enviando un mes antes tres baúles, dos de cosas domésticas y el otro con todos mis papeles profesionales—revistas, notas de lecturas de cinco cursos, mis notas de archivos de Argentina y España—todo. Las clases empezaron en agosto y todavía nada de noticias de los baúles...septiembre y todavía nada...mandé un telex a Londres pidiendo información de la compañía. Ellos mandaron telex a sus agencias en los muchos puertos involucrados en su viaje de Liverpool a Nueva York –Le Havre, Freetown (Sierra Leona), Monrovia (Liberia), Recife, Trinidad, Miami...pero nada de los baúles. En octubre, la compañía me envió un mensaje diciendo que ellos habían hecho todas las diligencias posibles y no hay evidencia de lo que había pasado con los baúles e incluyeron un cheque por \$500—el máximo reclamo! Adiós segundo libro !

Tuve que reconstruir de memoria mis lecturas para las clases y, como en el caso de Venezuela, abandonar Argentina por el momento, por otros pastos. Decidí enfocar mis investigaciones en México, e iniciamos en Syracuse, con un grupo de cuatro estudiantes doctorales, varios estudios de demografía histórica, aprovechando los datos de los archivos mexicanos y también las riquezas microfilmadas por los Mormones en la Ciudad de Sal --censos, partidas de bautismo y matrimonio, etc. En 1979 también inicié una serie de publicaciones—monografías “Dellplain” y edité 33 volúmenes antes de cerrar la colección en 1996 por el impacto de los altos costos.

Como el departamento de geografía en Syracuse está ubicado dentro la Escuela Maxwell —que es la escuela de ciencias sociales — siempre dicté cursos sobre desarrollo, urbanización, planificación regional etc. En 1979 la Escuela, a través de su Programa de Estudios Metropolitanos, firmó un convenio con la *United States Agency for International Development* (USAID) en Washington para iniciar estudios sobre “Administración de ingresos locales”—estudios académicos/teóricos, y también de ayuda a las oficinas de USAID en países que la solicitasen. En 1980 recibimos de la USAID en el Perú un pedido de asistencia técnica para apoyar e implementar el Proyecto de Desarrollo Regional Integrado” (PRODERIN), relacionado con el interés del gobierno nacional de descentralizar la planificación, la redistribución de fondos regionales y locales, el establecimiento de mecanismos para el financiamiento y ejecución de subproyectos en centros urbanos y áreas rurales y la implementación de entidades administrativas regionales bajo la Nueva Constitución de 1979. Después de varios viajes a Lima y a los dos departamentos de Cajamarca y Junín, fui nominado consejero residente mayor de Asistencia Técnica, durante tres años empezando en febrero 1981.

Aunque los objetivos de PRODERIN eran fáciles de identificar en la documentación y estaban claramente expresados en los comentarios de Fernando Belaúnde a nosotros en su oficina, al utilizar su maqueta del país, una vez en el “Perú profundo” los obstáculos eran, igualmente, evidentes. Cambiar el sistema administrativo significaba entrar en el delicado proceso político; igualmente, nominar personas muy capaces conectados con partidos y el gobierno militar fue difícil dentro del nuevo contexto. Aunque USAID de Lima estaba empujando el gasto de los fondos remitidos de Washington con fechas críticas, en los departamentos la implementación era lenta, tomando en cuenta la necesidad de contratar técnicos, establecer sistemas operativos, hacer estudios de campo, preparar subproyectos, etc.

Por ejemplo, instalamos sistemas de cómputo—basado en los Apple II—con nuevos programas para manejar estadísticas económicas, financieras, ecológicas, etc., pero esto significaba realizar clases de entrenamiento, traducciones de programas al español, etc.

En la identificación de subproyectos surgieron múltiples problemas, —de priorización, evadiendo la presión política por centros “favoritos” o contra comunidades “difíciles”; la recolección de datos empíricos actualizados y no de los proyectos basados en estudios realizados hacía 20 años; en las negociaciones con las comunidades la dificultad de definir el “deseo colectivo” frente a subgrupos, cada uno con sus prioridades y percepciones de necesidades—. Tratar de involucrar a las mujeres en los debates y discusiones también fue problemático dado el rol tradicional de los “hombres notables”, y decidir “entre” comunidades simplemente multiplicaba los problemas.

Una vez que la Asistencia Técnica reveló un plan estratégico, algunos rumoreaban lo que iba a pasar y otros trataron de estimular protestas en las zonas “no-estratégicas”. Las relaciones entre asistencia técnica, los ejecutivos y técnicos del Instituto Nacional de Planificación en los departamentos siempre fueron delicadas, porque sus tareas se superpusieron; los integrantes del Instituto Nacional de Planificación (INP) querían acceso a las computadoras que estaban utilizando otro equipo de contratados.

Pero como expliqué en mi informe final de unas 400 páginas, actuamos con los deseos más sinceros para el beneficio de todos los peruanos involucrados en la complejidad de los procesos. Todos sabemos que “desarrollar” no es fácil, aun con 24 millones de dólares para lubricar los mecanismos de implementación. Con mucho café y, de vez en cuando, varios pisquitos, cada lado aprendió de las ventajas de compartir ideas, solucionar problemas para beneficio de la sociedad y afianzar amistades como colegas y, en muchos casos, hasta compadres y ahijados. Verdaderamente, mis cursos sobre el desarrollo, se han beneficiado muchísimo de esta experiencia práctica en el Perú; porque lo cierto es que para—“entenderlo bien hay que experimentarlo”. Y, personalmente, los tres años trabajando y viajando entre Cajamarca y Junín, con otros viajes a Arequipa y al sur, son inolvidables, porque una noche del 15 de mayo de 1982, bajando de Huancayo a Lima, tuve un accidente casi fatal en el kilómetro 110 de la Carretera Central! En una curva ciega me encontré con un camionazo en el centro del camino y para evitarlo choqué contra la barrera derecha —y haciendo 3 vueltas en el aire caí unos 100 metros al río abajo. Cuatro horas después llegué al Hospital Militar en Lima, con múltiples fracturas y cortes por todas partes. Afortunadamente no estaba usando el cinturón de seguridad porque el techo de la camioneta fue totalmente separado y el vehículo terminó al revés en el río con el agua corriendo encima del volante (Figura 2).

Figura 2. Peligros del trabajo de campo en los Andes, 1982



Cuando regresé al puesto militar en Matucana para hacer mi declaración legal sobre el accidente, el sargento sacó un archivero de mapas, pregunté por ellos y me contestó “Bueno, son de la curva donde Ud. cayó—normalmente son usados para marcar con una cruz donde encontramos los cadáveres.” Así es la ayuda carto-geográfica !!

El 18 de mayo recibí de mis colegas en Syracuse un telex bien corto: “Sugerimos que usted vuelva a los archivos!” Bien dicho.

Y cuando regresé a Syracuse en 1983 decidí seguir sus sugerencias y dedicarme otra vez a los muertos de la historia. Y, aunque había hecho conexiones con William Denevan y el grupo de geógrafos trabajando en el Valle del Colca, tenía estudiantes preparando sus tesis doctorales en México y Colombia, pasé varios veranos en estos países investigando en los archivos y publicando monografías relacionadas con cambios demográficos, especialmente sistemas de migración colonial, datos espaciales relacionados con hipotecas y descripciones regionales hechas por visitantes españoles.

En 1989, con una beca de la *National Geographic* de Nueva York, hice unos estudios preliminares en los archivos de Arequipa, Lima y trabajos de campo en el Colca. Pero en 1995 regresé al Perú gracias a una beca Fulbright para investigar los datos demográficos mencionados para el grupo estudiando los sistemas de andenería del Colca en Arequipa. Fascinado por los fragmentos de visitas incluidos en el libro *Collaguas I* editado por el maestro Franklin Pease, decidí dedicarme a culminar el trabajo que Franklin había iniciado—es decir, publicar todas las re-visitas del Colca (de Yanque, Lari y Cabanaconde) para analizarlas con referencia a los sistemas de producción agrícola, las cambiantes estructuras demográficas, las estructuras sociales de los *ayllos* y parcialidades, y los patrones de distribución de población. Claro, mis estudios tenían el apoyo de muchas personas de Lima y Arequipa: María Benavides, Juan Osio, HildegarDO Córdoba, Liliana Regalado de Hurtado, y Nelson Manrique. Mi colega y amiga Laura Gutiérrez, hizo milagros apoyándome con los documentos casi ilegibles. En Arequipa, Jeanette Encalada y Carmen Gloria Díaz me ayudaron tanto en el archivo Arzobispal. En los Estados Unidos siempre tuve el apoyo de mis colegas David Cook y Frank Salomon, entre muchos otros.

Las publicaciones de *Collaguas II, III y IV* entre 2003 y 2009 hubieran sido imposibles sin el apoyo de Marco Curatola y, muy especialmente, de Mariana Mould de Pease, y todavía una nueva edición de *Collaguas I* está por salir del Fondo Editorial de la Católica, bajo el sustentado apoyo de su directora, Patricia Arévalo. En total, un trabajo largo de investigación y publicación, ofreciendo a los especialistas internacionales las riquezas de datos de los siglos XVI y XVII del Colca; pero al final un pequeño homenaje de un geógrafo inglés americanizado a un intelectual incomparable, y alguien a quien solamente una vez tuve la suerte de conocer personalmente—Franklin Pease.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0. Internacional. Reconocimiento - Permite copiar, distribuir, exhibir y representar la obra y hacer obras derivadas siempre y cuando reconozca y cite al autor original. No Comercial – Esta obra no puede ser utilizada con fines comerciales, a menos que se obtenga el permiso.